

extrae, o permite que la extraiga el lector, una enseñanza—digámoslo sin temores—una lección inolvidable.

Claro está que en «Chile a la Vista» campea la broma, disfrazando o aligerando verdades hondas. Sería, por ello, el de Blanco Amor, un libro en broma que hay que tomar muy en serio.—GUSTAVO LABARCA CARAT.



«HIJO DE LADRÓN», novela de *Manuel Rojas* Edit. Nascimento, 1951

Es la sugerencia de una ternura latente y silenciosa, de un resollo de simpatía que jamás chisporrotea, pero que no se apaga nunca, la que salva a este libro de la monotonía. Entero está dedicado a novelar el hampa. Asesinos, ladrones, maleantes, rateros y vagos. A lo largo de 366 páginas. Hay momentos en que el lector ansía hallar otros aspectos del mundo infinito. Nada. El autor no sale de la sentina de este barco nuestro que apodamos civilización.

Con ser el tema de prosapia tan clásica como la novela picaresca, esta relación de los bajos fondos chilenos y argentinos alcanza los contornos de una obra de arte de notable envergadura. En su presencia nos olvidamos que en el género le antecedieron novelas magistrales. Es que no se parece a las del ciclo picaresco español ni a ninguna otras. Su originalidad no arraiga en el tema sino en la inclinación que adopta el artista para trabajarla,

Manuel Rojas no poetiza a sus galeotes, no los acicala, no disimula su fetidez, pero tampoco los deni-

gra, ni se regodea en su miseria. Los comprende, acaso los ame, casi siempre los perdona.

En la técnica de su ficción literaria se identifica con el protagonista (1). Tal yuxtaposición hace olvidar la artificialidad. Entre el escritor y su tema no hay una diferencia de nivel. No es el ser superior que observa fríamente o que mueve los hilos de sus personajes como un titiritero sus muñecos. No. El titiritero y el muñeco son una misma persona. Recuerda al Greco en su obra cumbre «El entierro del Conde de Orgaz». Entre los personajes que asisten a la transfiguración se incluyó al propio pintor. Es así sujeto y objeto de su creación artística. En «Hijo de ladrón» el autor comparte la vida de sus truchimanes y bicicumas. Los describe como si fuera uno de ellos.

A unos los pinta magistralmente; a otros los desdibuja: tan andariegos, pasajeros y huidizos son. Pero a todos los calienta y les da vida con el palpitar de su cordialidad.

Uno se pregunta, sobre todo conociendo, aunque no sea someramente al progenitor del libro, ¿por qué ha elegido ese entre todos los temas del mundo? ¿Le atrajo más? ¿Lo consideró una veta literaria menos explotada, un segmento más pintoresco de la especie humana? ¿Brotaba acaso de su corazón una simpatía incontenible por toda esa turbia resaca que arroja a cualquier playa nuestra cultura occidental? La vividez de sus escenas, hace pensar que subyaciera en ellas algo de autobiográfico. El protagonista Ani-

---

(1) Recuérdese que en «Lanchas en la Bahía», Rojas usa de idéntico artificio. Da a su relato la apariencia autobiográfica para nadar más libremente dentro de la psicología de sus personajes.

ceto Hevia, hijo, muestra un singular aire de familia con Eugenio, el mozo desamparado y andariego de «Lanchas en la Bahía» y con el arrapiezo de «Imágenes de Buenos Aires». El Raffles endomingado, pulcro y buen padre de familia que aparece como el progenitor de Aniceto, o Echeverría «El Filósofo», pueden ser sus parientes más próximos o simplemente seres con los cuales el autor hubo de codearse en esos años de infancia o primera juventud que tan honda huella cavan en nuestro mundo interior. Es difícil apartar en «Hijo de ladrón» la ficción de la realidad. (Y este es el mayor elogio, a mi parecer, que puede recibir una novela). Verdad o no, da la impresión de que M. Rojas alguna vez ha tenido que vivir tan cerca de sus personajes, tan arrimado a sus miserias, que el haberlas compartido, lo llena de una sabiduría que no tuvieron para tratarlos ni la picaresca clásica, ni los románticos a lo Víctor Hugo, ni los naturalistas a lo Zola.

Creo que en la pintura de los caracteres, en la comprensión de la psicología del tránsfuga es en lo que excede. Sus personajes desfilan en secuela interminable. Todos diferentes, cultores de los innúmeros «oficios» de los que no conocieron ninguno regular y honesto. Cada uno con su miseria, sus taras, su torcedor distintos. Pocas veces son bestiales, si no es bajo el influjo de la extrema borrachera o el instinto superexcitado. Los más son guijarros impelidos por el ventarrón de acontecimientos que el autor nos induce a suponer inexorables. Para cada uno tiene una palabra atenuadora, una actitud de simpatía silenciosa, un imperceptible gesto de camaradería. Es la fatalidad. Ninguno dice: «estaba de Dios que así fuera». Pero viven dentro de ese estoico fatalismo.

Y al identificarse con sus personajes, naturalmente, M. Rojas reniega de los que están al otro lado de la barrera: los chupatintas de los juzgados, los esbirros, los policías. Para ellos nada de medios tonos ni de atenuantes. Son odiosos, fríos, inhumanos: *robots* de la mecánica legal. Esa leche tibia y cordial que el autor prodiga a sus malevos, o la niega o la da por gotas a los representantes de un orden cuya finalidad última se le antoja absurda.

¡Ay de los burgueses!, de los ordenados, de los que prosiguen (también inexorablemente) el sendero vulgar. Sin embargo, observando a sus personajes, una no puede dejar de pensar: ¡qué de fatigas, sufrimientos y trabajos para no trabajar! A la postre, el atajo que ellos prefieren es el más espinoso. Si pudieran evadirse de la rueda de su destino, comprenderían que es muchísimo más fácil vivir uncido a un artesano o algún oficio. Pero a eso le tienen un miedo cerval y poquísimas aficiones.

Los de la «otra» sociedad, los que ganan el pan con el sudor de sus manos, los que amasan una fortuna, enaltecen a una familia, ayudan a la colectividad, les parecen tontos de remate. ¿Para qué esforzarse si por todos los caminos se llega a la muerte y a la nada? Más que envidia, muestran desprecio por los borregos, ellos que viven como lobos salvajes. Son indómitos, tienen la altivez de su libertad, el orgullo de colocarse fuera y a veces por encima de la ley. Estoica soberbia con que escudan su lado vulnerable; su íntimo complejo de inferioridad áspero y doloroso.

Según el autor, son víctimas inhabilitadas para escapar al medio. Del mundo ordenado, legal y burgués les separa algo invisible, un muro de cristal in-

franqueable: su absoluta soledad y desamparo. De la carencia de todo bienestar, de las noches en las alcantarillas, de las comidas en tarros de basura, a las sábanas limpias, a la mesa con viandas bien olientes, no existen senderos, por los que ellos puedan cruzar. Les son tan lejanas como las estrellas. No vale la pena intentar alcanzarlas.

Y, sin embargo, a lo largo de «Hijo de ladrón», fluye escondida y subrepticiamente la añoranza nunca olvidada de los días de infancia en el hogar. «Siempre me gustó el pan untado con mantequilla y espolvoreado con azúcar, y aquella tarde, al regresar del colegio, me dispuse a comer un trozo y a beber un vaso de leche...» (pág. 22). «Mi madre guardó el hilo, la aguja, el dedal y la ropa que zurcía; miró los muebles del comedor, como para cerciorarse de que estaban limpios y en orden y se arregló el delantal». Toda una escena de vida apacible sobre la que presidía una bien amada mujer.

En esos personajes indómitos e indomesticables, tal añoranza ¿no será el principio de su vuelta a la civilización? Puede repetirse en ellos la historia de los perros-lobos y los caballos de las estepas. Concluirán por acercarse a un hogar urgidos por el frío, por el hambre, por el imperativo sexual. Y un hombre y una mujer, con el pan en una mano y en la otra una infinita paciencia, concluirán por domesticarlos. Si no al padre, que morirá en un penal, al hijo que, aunque nacido de ladrón, supo que hay dulzuras de pechos maternos en el pocillo de café caliente del desayuno, en los albos manteles y aun en el olor a guagua, mezcla de fetidez y de leche avinagrada. Por algo termina la novela cuando los vagabundos aceptan un contrato de trabajo.

¿Puede calificarse de novela esta: «Hijo de ladrón»? ¿Basta el hilo veinte veces roto de la narración del muchacho para darle consistencia de tal? Al modo clásico, no. Es una epopeya del hampa; más que los incidentes de una o varias vidas, lo que le da unidad al libro es el relato de la fiera lucha contra el hambre y la muerte. Los episodios se hilvanan muy tenuemente con las hebras deshilachadas de las circunstancias y el recuerdo.

Ciertamente, si hay un género literario que haya variado radicalmente de técnica en los últimos treinta años, es la novela. Giró antes alrededor de un individuo. Hoy, de una colectividad. «Hijo de ladrón» es un trasunto de un sector del mundo en que vivimos. Es, por lo tanto, una novela.

Sin embargo, las páginas dejan la impresión de que primitivamente hubiesen sido ideados como cuentos, cada uno redondeado y suficiente en sí mismo. Y que después el autor hubiera ido llenando los vacíos entre unos y otros con la narración, las descripciones y los recuerdos del joven que es su protagonista.

Novela, epopeya o sucesión de episodios, ¿qué más da? Lo que el autor intentó lo ha logrado: darnos su versión del submundo, su interpretación de la existencia de los que viven al margen de la ley. Y de esos cuentos, el más singular de todos es, sin duda, el último: «El Filósofo», «Cristián y yo», en que el talento de Manuel Rojas llega a un pináculo artístico rara vez alcanzado en la literatura chilena. Ese hampón: Cristián que no tiene aptitudes para nada, ni siquiera para ratero vulgar, arrojado en la vida perdularia como piedra en un pozo, que no sabe expresarse, que es el arquetipo del subhombre, y ese pintor-filósofo que es capaz de descubrir tras la harapienta, hosca y

áspera corteza, al amigo que no se puede abandonar, y los coloquios de ellos con el protagonista, sus andanzas, sus reflexiones, forman un cuadro cuya pintura pudiera envidiar cualquiera de los más grandes novelistas.

Si este último capítulo no hubiese sido escrito, desconoceríamos la esencia de toda la novela. Porque con ser ella vertida en primera persona, a pesar de que entre los tipos secundarios y el protagonista no se advierte aparentemente una diferencia de condición o de destino, el hecho es que de la vida interior de todos y aún de Aniceto, sabríamos muy poco. Es verdad que nos cuenta sus recuerdos: lo que fué, lo que vivió, el mundo que le tocó compartir. Pero no nos dice cómo es, qué es por dentro ese adolescente de 17 años: qué anhelos lo mortifican, qué esperanzas inconfesadas le alientan. En el mundo en que él se sitúa, se aprende a callar. La discreción, el monosílabo, son armas de defensa. Y tampoco conoceríamos su filosofía.

«Quién sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aún de aquellas que viven con nosotros, años y años y a las cuales, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegaremos a conocer íntimamente; de algunos conocemos más, de otras menos, pero sea cual sea el grado de conocimiento que lleguemos a adquirir, siempre nos daremos cuenta de que reservan algo que es para nosotros impenetrable y que quizás les es imposible entregar: lo que son en sí y para sí mismas, que puede ser poco o puede ser mucho, pero que es: ese oculto e invisible núcleo que se recoge cuando se le toca y que suele matar cuando se le hiere» (pág. 354).

Por boca de «El Filósofo» Echeverría conocemos la actitud vital que los demás personajes practican pero que no pueden expresar: una filosofía medio fatalista, estoica y cínica a la vez. ¿Para qué amar y desear y anhelar y atesorar? Todas esas cosas son seños para perder la libérrima, trabajosa y miserable holganza. Cuanto menos necesidades satisfacemos, más libres somos; un pedazo de pan, una agujereada manta para capear las heladas del invierno, un amigo, si es posible, con quien defenderse mejor del desamparo total. Bastan. Y todo lo demás es vanidad de vanidades. Pero no en balde la vida civilizada está al otro lado de la barrera. No la desean ver. No quieren dejarse tentar ni sobornar por ella. El hombre maduro, encallecido, la desatiende, porque no desea hacer el esfuerzo de negar, de abjurar de su propia existencia; pero el adolescente de 17 años, ese que todavía no ha amarrado sus nudos, a ese sí, le puede fascinar. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Gracias a qué o a quién? Eso no lo cuenta, pero nosotros quedamos aguardándolo.

Atmósfera de hombres solos. Los libros que la describen resultan generalmente desagradables a mi feminidad. Puedo admirarlos como obras de arte, pero me distancio de ellos. En «Hijo de ladrón» las mujeres son recuerdo, ráfagas, imágenes, rara vez presencia. Las escenas se suceden en las cárceles, en los tugurios, casi siempre entre hombres solos; pero no hay ambiente de homosexualidad. Se sabe que existe; mas no se expone. No se la oculta tampoco. Se tiene la confianza de que por lo menos en eso, estas criaturas no han perdido su normalidad.

González Vera y Manuel Rojas presentan similitudes notables. A ambos la vida mínima les atrae como

sujeto de arte, los dos cifran su ideal artístico en describirla con una muy estudiada candidez. Y logran dar la sensación de sencillez suprema. Los dos huyen de la retórica, de lo dulzón, de los alifafes, de las exageraciones de brocha gorda. Ambos pulen su estilo y lo clarifican hasta hacerlo casi transparente. González Vera es más cáustico. Su pupila es implacable; llegaría a ser cruel si no le atemperara su piadosa ironía. Manuel Rojas ve con igual claridad, pero el resultado no es el mismo, porque no puede objetivar su visión hasta el punto de ahuyentar el sentimiento. (Existe una veta lírica en el temperamento de Manuel Rojas, quién sabe si a pesar de él mismo).

Su piedad se traduce en ternura. Una ternura no confesada, que esconde como si fuese una debilidad, pero que aparece, se soterra, reaparece, se acalla y vuelve a aparecer, a lo largo de todos los capítulos. Si ella fuese otra ficción artística más, si no naciera en raudal espontáneo de su corazón, acaso tendríamos en menos al hombre, pero habría que admirar más al artista que, al insinuarla tan sutilmente, nos lleva de la mano a gustar de sus páginas, y a hacernos comprender, al modo suyo, el submundo que eligió como tema de su gran novela.—AMANDA LABARCA H.



«EL HIJO DEL GUARDABOSQUE», poemas de *Juvencio Valle*.

El guardabosque tiene deberes y preocupaciones graves; se identifica, en cierto modo, con su floresta: